

10 años de su muerte

# Oscar Bonilla: símbolo del soldado chileno

Ayer, 3 de marzo, se cumplieron diez años del trágico accidente que costó la vida del general Oscar Bonilla. Dicho aniversario me impulsa a ciertos recuerdos y reflexiones.

Como primer Ministro del Interior del actual Gobierno, el general Bonilla fue una de las imágenes iniciales que la civilidad tuvo de nuestros uniformados, tras el movimiento militar de 1973.

Varias décadas de completa y absurda separación, habían producido un desconocimiento ciudadano acerca del modo de ser de nuestros hombres de armas. El general Bonilla fue uno de los primeros encargados de acortar esa brecha. Porque al revelar sus propios rasgos, lo que realmente estaba comunicando eran caracteres que reflejan al Ejército de Chile, del cual llegó a ser uno de sus más altos y sobresalientes oficiales.

Desde el primer momento, el general Bonilla impresionó por su lenguaje franco, simple y directo. Ya fuese ante las cámaras de televisión o en el contacto personal, se expresaba sin ambages ni rodeos. Yendo siempre al grano, con la se-



*Escribe*  
**JAIME GUZMAN E.**

guridad de que sabe lo que quiere transmitir.

Asimismo, él combinaba un temperamento afable y cordial con un enraizado concepto del principio de autoridad y de su ejercicio. Cuando entendió que éste se encontraba comprometido, no vaciló en afianzarlo con gran firmeza.

Con todo, quizás si la más impactante de sus facetas humanas haya sido su profundo sentido social de servicio a los más pobres, que le granjearon un generalizado reconocimiento y cariño popular. Sus diálogos abiertos con los pobladores, ajenos a la demagogia y al odio de clases con que tantos politiqueros habían envenenado durante años a los chilenos más desvalidos, significaron un gran contraste al respecto, que en ese instante resalta con especial nitidez.

Ha transcurrido una década desde entonces. A lo largo de ella, hemos constatado que esas virtudes que el general Bonilla supo irradiar tan señeramente, encuentran su origen en sus sólidos principios cristianos y en la noble fragua en que nuestro Ejército forja a sus integrantes.

Cada vez me asombra más el desinterés o la ceguera con que la mayoría de los políticos chilenos sigue ignorando la idiosincrasia de nuestras Fuerzas Armadas, pese a reconocer que su concurso resulta indispensable para una transición pacífica hacia la plenitud democrática y también para el posterior afianzamiento de ésta.

Sin embargo, tal reconocimiento verbal del papel de nuestros institutos armados deja el halo de una declamación hueca e insincera, si no va acompañado de un genuino interés por conocer y respetar la mentalidad de nuestros hombres de armas, que es el fruto de una formación de muy profundas raíces.

En tal sentido, el paso que representó la gesta del 11 de septiembre de 1973 quedará inscrito para nuestras Fuerzas Armadas y de Orden con letras indelebles, como testimonio de suprema lealtad a sus más preciados valores. Por eso, nada puede chocarles más legítimamente que la inconsistencia de aquellos civiles que entonces exi-



gieron la intervención militar para salvar a Chile del comunismo y que luego rehusaron compartir las responsabilidades de allí surgidas.

Al evocar la figura del general Oscar Bonilla, a quien admiré en el vínculo personal trabado con él en ese primer año y medio de gobierno militar, quisiera simbolizar en un hombre a quien la eternidad excluye ya de todo halago humano, el sentimiento de imperecedera gratitud que millones de chilenos guardamos y guardaremos siempre hacia quienes hicieron posible la jornada victoriosa y libertadora del 11 de septiembre de 1973.